

# Inmanencia: descubrir y hacer presente en la historia la eternidad

Antonio Calvo

Presidente del Instituto E. Mounier

## 1. Inmanencia: solidaridad

### Razón

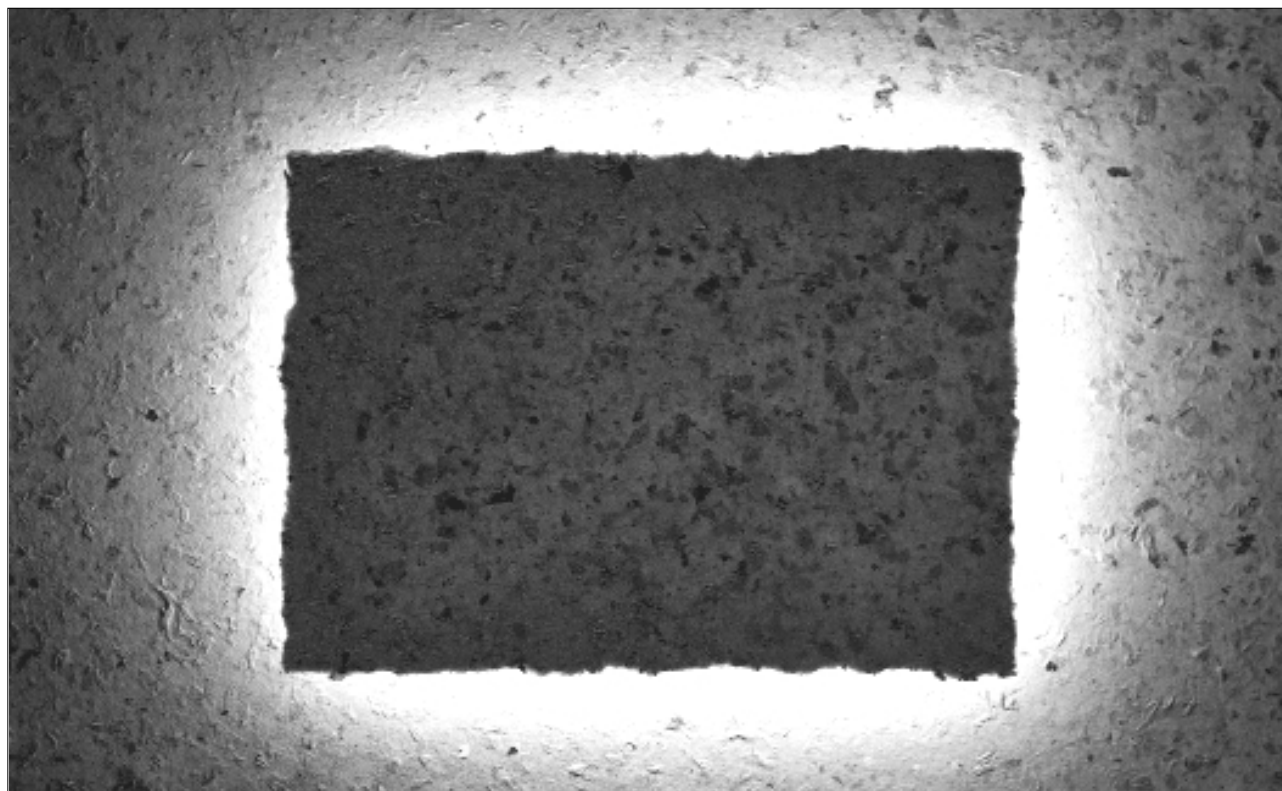
Está bien visto y, por lo tanto, es frecuente entre personas que consideran que han creado su razón de la mejor manera posible: la científica, adherirse a la creencia de que sólo existe lo demostrable o, al menos, de que únicamente con lo que se ajusta a esta razón podemos

contar para organizar la vida. La verdad de la vida es la muerte, mientras no se demuestre lo contrario, y es nuestro deber ser consecuentes y vivir lo caduco, la finitud, de la manera más humana que seamos capaces de inventar.

### Fraternidad cósmica.

Llegados a este hontanar, cada cual divisa un horizonte humano diferente. Unos, atentos a la persis-

tente y cruel realidad deciden nadar y guardar la ropa. Pueden comportarse solidariamente porque es evidente que todos estamos en el mismo barco, existe, sin duda, una fraternidad cósmica y llevarse bien ante el destino que nos une alivia el camino. Es conveniente vivir sin mucho entusiasmo porque hay demasiadas fuerzas que no podemos controlar, incluso los amigos fallan. *Abstinere et sustinere*, sobriedad y aguante que corren malos tiempos para la lírica.



Cultivar el jardín privado.

Otros, leen la realidad en clave agrícola y deciden cultivar el jardín privado solos o con los amigos. La vida es dura, pero podemos hacernos capaces de disfrutar de una gran variedad de pequeñas cosas que abarcan el amplio espectro de nuestra corporeidad racional, será menester levantar una sólida muralla para preservar nuestra felicidad de contaminaciones. Con una cuidadosa dedicación es posible arrinconar casi todo el sufrimiento y gozar una vida placentera.

La vida es sinfónica y hay melodías para todos los oídos: amargas, cínicas, desesperanzadas; también las hay de apresurada huida romántica hacia delante, la de los que pretenden llenar de entusiasmo el instante fugaz que se les escurre entre los dedos. *Carpe diem*. Agarra con todas tus fuerzas el momento. Cada trocico del espacio-tiempo que tienes entre tus manos préñalo con tu vitalidad; horada, estruja sus posibilidades, hazte capaz de saborear la gracia y la belleza que rezuma la naturaleza; la plenitud instante del amor humano.

Una sabia combinación de estas actitudes ante la vida es menos frecuente. Hoy, en los parajes ilustrados se lleva *acomodarse a la finitud*. En esos parajes hay algunos en los que la tolerancia confusa abunda; en los que la resignación sabe, con frecuencia, a orgullo, pereza y acomodo; en los que el *atrévete a saber*, lejos de ser búsqueda intersubjetiva y apasionada de la verdad, desprende un halo de reduccionismo humano defensor del status adquirido, justificación de una vida descomprometida, en esos parajes, sin embargo, no es defendible una razón que no sea fiel a la tierra con todas las consecuencias.

En sus expresiones culminantes, la razón ilustrada busca la libertad, la igualdad y la solidaridad entre todos los hombres. Reconoce la misma *dignidad* a cada hombre por el hecho de serlo. Cada hombre es

## Los dogmas laicos de hoy

fin en sí mismo y no puede ser empleado como un medio para nada ni por nadie.

No debemos menospreciar este *logro irrenunciable* y tampoco debemos menospreciar la influencia cristiana en este logro.

De una manera o de otra, la norma es *acomodarse a la finitud*. Ni siquiera se habla de inmanencia, que es un término relativo a trascendencia, y a lo que ésta significa no se le da ninguna posibilidad. Nada de evasiones celestiales. *Fidelidad a la tierra* con todas las consecuencias. El mundo está en nuestras manos. Sin dioses, *Prometeo* ha roto sus cadenas.

Sin Dios, el horizonte humano es la autonomía, la autosuficiencia, la vida será la que él consiga con su inteligencia y su trabajo.

## 2. Trascendencia: amistad-fraterna

*El hombre*, para poder ser real, necesita ser primero ideal. Es un hecho que *el ser humano trascendente*, siendo naturaleza, *la mera naturaleza*.

Con la aparición del ser humano, afirma Heidegger, *la posibilidad* deja de ser ontológicamente inferior a la realidad. Es la raíz de la libertad. Mediante el *proyecto* se hace temporo-espacial la posibilidad. Para conocer nuestras posibilidades es menester que salgamos de nosotros mismos y convirtamos lo irreal, el proyecto, en vida, en

*acciones concretas*. Mediante este dinamismo nos creamos incesantemente y co-creamos el mundo. El Dios de la vida se manifiesta en el hombre vivo. El hombre vivo se manifiesta en que da vida, vivifica lo que toca, ayuda a vivir al otro. La *trascendencia* deberá entrar en nuestro proyecto de creación para que se vaya haciendo cuerpo nuestro.

En esta perspectiva, los creyentes en el Dios/Amor serían los seres humanos que van cayendo en la cuenta del amor que llama a las puertas de todos los hombres. Sin embargo, es menester recordar que esta vivencia no es un mero añadido sin contenido, sino que implica una auténtica *transformación de la vivencia y del siendo*, es decir, de la presencia en el mundo de quien la tiene. Exige el *testimonio*. La ética del creyente en el Dios/Amor es una forma de auto-nomía, pero liberada de la excesiva carga que impone con frecuencia una ética no religiosa. La ética religiosa tiene las alas de la esperanza y del agradecimiento, del no estar solos y de sentirse queridos sin condiciones. *La religión*, vista así, sería la máxima fidelidad a la tierra que somos y la que nos posibilitaría la mirada más humana y plenificadora de nuestra acción. Si esta hipótesis fuera cierta, privar a los hombres de introducir en la idea de sí mismos el horizonte de ser una criatura amada, constituiría, sin duda, un empobrecimiento de la *experiencia humana*.

*El hombre*, este ser complejo, maravilloso y terrible, despiadado y enamorado, quiere, por mayoría aplastante, *vivir*. No hay duda de que el dolor insoportable de la existencia no ha podido impedir que crea en la realidad, que crea que la realidad es creíble y espere de ella una verdad absoluta e impecederera.

Esta es la urdimbre sobre la que se construye una existencia cabalmente humana: libertad e inteligencia creadora; credentidad y

## Los dogmas laicos de hoy

fiducialidad; amorosidad y búsqueda de la verdad. En este entramado es preciso no olvidarse de la actitud que posibilita la justa mirada humana: *la humildad*.

Cada persona es un punto de vista único sobre el universo. Las circunstancias que contribuyen a configurar su personalidad son irrepitibles. Por esta razón, el *diálogo* humano puede ser extraordinariamente rico, siempre nuevo e inacabable. Y, por esa misma razón, para acceder a la realidad que somos y en la que estamos (estar: modestia ineludible del ser) nos es necesario dialogar y arriesgarnos incansablemente a vivir en vilo, porque, quizás, las razones del otro sean mejores y tambaleen las nuestras.

Vivir esta *permanente aventura* en la que consiste caminar como personas no es fácil. Por eso es tan frecuente la dimisión, la pereza, la intolerancia y el dogmatismo.

Hay una experiencia universal cuando se dialoga: *nuestras evidencias son penúltimas*. Del misterio de la vida no tenemos demostraciones. Accedemos a él mediante la *creencia*. Y una creencia es una elaborada mezcla de conocimiento y de fe. No es, sin embargo, algo frágil y raro. Muy al contrario, las cuestiones que de verdad nos interesan como hombres están apoyadas en ellas. La realidad se nos manifiesta como creíble y le concedemos crédito porque *somos realidad creyente y esperante*. Ni el sufrimiento, ni la muerte es capaz de hacernos desistir de querer vivir.

Así pues, accedemos a conocimientos demostrables –científicos– que, una vez apropiados, dejan de entusiasmarlos aunque nos sean útiles. Accedemos también a experiencias que nos abrazan por entero. Experiencias en las que nos empeñamos, por las que apostamos, experiencias hondas que nos exigen el riesgo –razonable– de la fe y de las que sólo podemos dar razón por el testimonio de una vida transformada por su influjo. *El tes-*

*timonio* presencializa el contenido de la fe –Dios– al hacerse carne y sangre nuestra. Nos ha seducido y se va corporeizando en la historia en nosotros, actúa a través de nuestra acción, crea con nosotros, sufre con nosotros, nos necesita a pesar de que sin él seríamos menos que humo, nada. Nadie puede pretender entender este misterio que, sin embargo, ilumina más que todo el universo de soles junto. Los hombres, lentamente, vamos comprendiendo que existe la Verdad y le llamamos Dios, y le definimos como Amor. Es lo mismo que decir que su amor consiste en crear *creadores*, seres preguntones y respondones, también responsables, para poder hacerles partícipes de su vida con su pleno consentimiento.

El riesgo de la *fe* es, sin duda, como ya vio Platón, *un hermoso riesgo*. Pero riesgo al fin y al cabo, nadie nos asegura que no estemos equivocados, y así lo piensa también Juan de la Cruz:

¡Que bien sé yo la fonte que mana y  
[corre:  
aunque es de noche!

- .....
2. Su origen no lo sé, pues no le tiene,  
mas sé que todo origen della viene,  
aunque es de noche.
- .....
10. Aquí se está llamando a las criatu-  
[ras,  
y de esta agua se hartan, aunque a  
[escuras,  
porque es de noche.

Para expresar esta experiencia no nos queda otro remedio que hacer encaje de bolillos con el len-

guaje que cruje por todos los lados al forzar sus estructuras incapaces de dar razón de tamaño empeño. Dios sólo puede hacerse presente en la historia en una persona que acoge su verdad y se entrega plenamente. La transformación consiste en convertir el *poder en servicio*. En esto consiste toda obra de amor y por eso vemos que *todo amor es humilde*. La humildad –humus-tierra-hombre– es la actitud que nos permite reconocer nuestra verdadera situación de *criatura*. No es una situación humillante, sino, al contrario, supone caer en la cuenta de que el amor es el origen de todas las cosas, de que existimos porque hemos sido queridos y lo seguimos siendo, de que por venir absolutamente de Dios estamos llamados a ser como él, a nuestra manera.

La *humanización*, tarea que abarca todos los momentos de cada biografía personal, es la forma que tiene Dios de caminar en la historia, un caminar para el que cuenta plenamente con cada uno de los seres humanos. El caminar personal, que es el de la libertad del amor, siempre tiene mucho de Dios, porque es de Dios.

Algunos creemos que ese Dios que crea por amor y que llama incansablemente a las puertas de todo ser personal, sólo podemos reconocerlo (*re-con-naissance*: volver a nacer al caer en la cuenta en comunidad, dialogando) si consigue ser *Emmanuel*: Dios con nosotros.

Pero es menester caer en la cuenta de que la creación es una historia de amor plena en lo que corresponde a Dios y que, como toda historia de amor, se plenifica en la respuesta libre del que es amado, que se convierte así en amante. Y cualquier actitud no vale para este reconocimiento.

Ese Dios que siempre es/está con nosotros haciendo todo lo que puede ante las enormes resistencias de nuestra *finitud* y de nuestra *culpabilidad*, creemos que encontró la